

## Día 1

Mientras escucho la voz de Robert Smith a todo volumen, admiro cómo las letras van llenando, poco a poco, los espacios blancos de este cuaderno nuevo, robándose su palidez. Estas primeras letras se convertirán en palabras y luego en muchos párrafos que irán narrando mi vida y recordando mis, a veces, inútiles pensamientos.

No sé por qué nada sucede jamás como en las películas que veo. A veces creo que mi vida más bien fue escrita como una escena de teatro del absurdo. Un poco como *Esperando a Godot*, sólo que esta escena es una pelea de box en monólogo. Hay días en que los *rounds* son tan duros que llego a dormir en la noche con moretones en el alma y el cerebro un poco dañado.

Te empiezo a escribir en un día nublado. Además es mi cumpleaños. Cumpló dieciséis y creo que debo recordármelo constantemente, no sé si para no desperdiciar el tiempo, vivir más y morir joven como James Dean o para no tratar de vivir demasiado rápido y así hacerle trampa al destino.

Hoy he pensado mucho en doña Helen. Tengo días así, en los que su presencia es muy fuerte. Ella fue mi vecina durante muchos años.

Cuando era niña me gustaba jugar sola en el jardín de mi casa y pasaba mucho tiempo, al regresar de la escuela, inventando historias melodramáticas en las cuales yo actuaba todos los personajes. Yo creo que por eso no me gusta ver telenovelas: las historias en mi cabeza siempre fueron más originales y divertidas. Siempre estaban llenas de aventuras de princesas y piratas, rescates de tesoros y tragedias horribles en lugares exóticos sobre los cuales leía en la *Enciclopedia Británica* o en la *National Geographic*. Todos mis personajes también tenían siempre nombres sensacionales: Faiza Hassan, Punita Patel, Filomena Asante.

Un día, doña Helen escuchó desde su cuarto que alguien hablaba y cantaba, y cuando se asomó por la ventana para ver qué sucedía, me vio entradísima en una de mis obras en el jardín de mi casa. Así empezó a observarme todas las tardes. Se reía en las comedias y lloraba en las tragedias y creo que a mí me gustaba tener tan buen público. Una tarde, al terminar la función me llamó por teléfono y me invitó a su casa a tomar el té. Ella era inglesa y acostumbraba tomarlo puntualmente a las cinco de la tarde. Yo me sentí muy importante por ser requerida en casa de alguien grande, así que decidí ponerme elegante con un abrigo de mi mamá que saqué de su clóset y que me quedaba enorme y un collar de perlas que colgaba hasta mi ombligo. Tomamos Coca-Cola® en tazas de porcelana inglesa y comimos sandwichitos de pepino como finísimas y elegantísimas damas.

Esa tarde, doña Helen me contó que durante la Segunda Guerra Mundial ella había sido voluntaria en un

hospital y que allí había conocido a su esposo, que era un guapo piloto mexicano del famoso Escuadrón 201. Después de la guerra habían regresado ya juntos a México. Aquí se casaron, en la iglesia de la Conchita, en Coyoacán. Me enseñó fotos de don Julián y lloró un poquito y yo me sentí muy conmovida y la abracé. Él murió hace diez años y ella nunca quiso regresar a su país natal. Decía que era inglesa de nacimiento pero coyoacanense de corazón.

Después de ese día siguió mirándome a través de su ventana y compartimos muchas tardes juntas, pero nunca más volvimos a hablar. Sin embargo, creo que durante años ella fue la persona más cercana a mí, la que mejor me ha conocido jamás.

Hace unos meses vi llegar una ambulancia a su casa y después me enteré por la cocinera de que doña Helen estaba muy grave en el hospital. Fui a visitarla, pero ella no podía hablar por el dolor. Sin embargo, me sonrió y me apretó la mano fuerte como despidiéndose de una vieja amiga. Unos días después supe que doña Helen había muerto.